

CUADERNOS DE HISTORIA 22

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS
UNIVERSIDAD DE CHILE DICIEMBRE 2002



HISTORIA DE LA MUERTE*

Michel Vovelle
Profesor Emérito
Universidad de Paris I, Sorbonne

INTRODUCCIÓN

La Historia de la Muerte pertenece a un campo nuevo en la Historia de las Mentalidades: al del enfoque de las actitudes colectivas; es una cantera abierta, desigualmente investigada. Se puede, a lo menos, tratar de resumir las tendencias y los logros en el marco del Occidente Cristiano, desde el Medioevo hasta el presente.

Es un ejercicio bastante austero al que los invito, puesto que se trata de reflexionar sobre las representaciones colectivas ante la muerte. Comenzaré por citar una anécdota, que me fue muy significativa. En una conferencia parisina, Pierre Vilar, un colega que ustedes seguramente conocen por sus obras, me preguntó amistosamente por qué me interesaba el tema de la muerte, y no me dedicaba más bien a explicar las tomas de conciencia en las sociedades. Es una pregunta interesante, que merece considerarse.

Pertenezco a una generación que sintió imprescindible interesarse, para comprender las tomas de conciencia, en las representaciones colectivas,

* Traducción de María Eugenia Horvitz V.

expresiones de las actitudes sobre la vida, el matrimonio, el nacimiento, la sexualidad, la muerte. Estas actitudes forman parte de ese conjunto que uno de nuestros maestros, Ernest Labrousse, en 1965, había definido como la Historia de las Mentalidades o la Historia de las Resistencias. Si hay algo que resiste, como el hilo de Ariadna, una invariable, es la muerte.

Cada uno de nosotros tiene razones personales para interesarse en una temática. Descubrí que, después de haber trabajado más de diez años en el sur de Francia sobre las actitudes ante la muerte, otros investigadores, por distintas motivaciones, cultivaban la misma temática; por ejemplo, François Lebrun trabajaba sobre la muerte en el oeste de Francia; el problema en su generalidad lo abordaba Philippe Ariès. Nos descubrimos, después de todo, participando de la misma sensibilidad y de la misma curiosidad histórica. Esta convergencia en el dominio de la metodología histórica debe ubicarse en un contexto más amplio. Paradójicamente, en nuestras sociedades liberales vivimos bajo el estandarte de la muerte-tabú, bajo el silencio sobre la muerte, que sustituyó a aquél que pesaba sobre la sexualidad. Vivimos en la “pornografía de la muerte”.

Sin embargo, por un juego dialéctico, se ha operado una reinversión, iniciada en el viejo continente por los historiadores que han redescubierto la muerte, y también algunos antropólogos, como es el caso de Louis Vincente Thomas. Por el contrario, en el mundo anglosajón iniciaron este movimiento de redescubrimiento los sociólogos, sicólogos, médicos, hacia 1965.

La temática tiene un contexto histórico y es necesario preguntarse desde dónde abordar el fenómeno de la muerte; el campo de la investigación es inmenso y complejo, si consideramos la visión global en distintos niveles que orienten y definan las representaciones y actitudes ante la muerte. Les propongo abordar la problemática en tres niveles distintos de aproximación:

El primero, el de la *muerte obligada*, la que estudian los demógrafos, que se expresa en pérdidas humanas. La demografía correspondiente al Antiguo Régimen, que perdura desde el Medievo hasta la mitad del siglo XVIII, nos muestra *la vida breve*; la esperanza de vida al nacer no sobrepasa los veinte o treinta años. Es por lo tanto la demografía de la muerte, arrasadora de la población.

En segundo lugar, consideraremos la *muerte vivida*, expresión paradójica para definir ese nivel intermedio, donde se inscriben los ritos, los gestos, las representaciones esenciales del imaginario, de las actitudes; las sensibilidades y los comportamientos que las prolongan. Ha sido el dominio de folcloristas, antropólogos, de algunos historiadores, entre ellos Ph. Ariès, quien con cierta imprudencia lo ha definido como el inconsciente colectivo.

En el tercer nivel sitúo el discurso sobre la muerte, que Ariès denominó el campo del pensamiento o “las ideas claras”. Este discurso es múltiple y por mucho tiempo –hasta hace poco– estuvo en gran parte monopolizado por las expresiones religiosas. Pero también incluye el discurso literario, uno de los primeros en emanciparse, así como el discurso filosófico y las expresiones estéticas, desde las más simples a las más elaboradas.

Este triple enfoque, sin entrar en detalles, nos confronta a una cantera inmensa, si consideramos los diversos tipos de fuentes. La Historia de la Muerte está llena de silencios y a la vez es muy prolífica. A cada paso encontramos el silencio, puesto que la muerte es temida –aparece encubierta; también está el silencio de los más humildes, los que no han dejado huellas escritas– hasta fecha reciente los demógrafos han debido trabajar en los cementerios, ya que no pueden confiar en los datos escritos. Haciendo una enumeración de las fuentes, que luego ilustraremos, deben considerarse: los aportes de la arqueología, las expresiones artísticas en todas sus formas, las encuestas orales, el uso de los métodos antropológicos y los estudios folclóricos. En el dominio de la documentación escrita, hay toda una gradación, que va de aquellas más elaboradas o más nobles, las provenientes del discurso o de las prescripciones de la Iglesia y de la creación literaria, hasta las fuentes más austeras, que se encuentran en los expedientes de los notarios, a través de los testamentos, depositarios de la última voluntad. La prospección supone una encuesta suficientemente diversificada, que transita desde la arqueología de los cementerios o de las tumbas, a los registros parroquiales, los libros de razón, las fuentes literarias, luego a aquellas relativas a la iconografía y a muchas otras. La muerte está en el centro de toda aventura humana.

Estas dificultades permiten comprender que esta historia sea, al mismo tiempo, antigua y muy reciente en sus actuales enfoques. En los últimos quince años, la historiografía francesa ha avanzado en este frente pionero a través de una serie de investigaciones. Sin embargo, se está lejos aún de un consenso sobre las grandes etapas de esta *historia en larga duración*. Por otra parte, el avance francés en este campo ha ido dejando en la sombra una cantidad de temas. Con los antecedentes que contamos trataré de reconstruir, acrobáticamente, la respiración plurisecular de las representaciones de la muerte.

La primera constatación es la de la historicidad de la muerte. Disiento de mi viejo amigo Philippe Ariès, que considera que hay una muerte acrónica, suspendida en el tiempo. Pienso que la ilusión de la inmovilidad proviene del reflejo de la magnitud de nuestra ignorancia sobre los períodos históricos más antiguos. Tampoco pienso en el mito de la Edad de Oro, que evoca la imagen de la muerte de ese campesino, citado por Ariès a partir de Tolstoi, que en su lecho de muerte se vuelve hacia el muro, cuando siente que el momento final ha

llegado. Ni creo, como el demógrafo Peter Laslett, que exista una muerte que hayamos perdido. La imagen es bella, por cierto, pero lleva en sí una visión idealizada de las antiguas solidaridades comunitarias.

1. *La muerte en el corazón de la Edad Media*

Hacia 1300, en el corazón del Medioevo, cuando se encuentra una mayor documentación, se puede reconstruir el modelo occidental de la muerte en su apogeo; aparecen las huellas de un sistema enraizado y estable.

En el plano demográfico, si bien es cierto que en Occidente no se vivieron las agresiones masivas de la peste desde la época de Constantino hasta su vuelta en el siglo XIV, el análisis de la mortalidad muestra el peso de distintos flagelos y miedos, como la lepra, pero sobre todo entrega la imagen de la vida breve, si consideramos que la esperanza de vida al nacer no supera los treinta años, como se ha podido apreciar a través de los estudios arqueológicos en los cementerios.

En respuesta a esta presencia continua de la muerte, se puede estimar que una red de gestos y prácticas “mágicas”, de las que los folcloristas han exhumado las huellas, constituyó más tarde la réplica general en el medio rural de Occidente, muy incompletamente cristianizado. Entre estas se pueden señalar: los gestos ante la proximidad de la muerte, las prácticas mortuorias –velatorios, banquetes fúnebres– o los amortajamientos y sepulturas. Sobrepasando el análisis de estos comportamientos, se diseñan los rasgos de un sistema muy antiguo sobre la muerte y el Más Allá, dominado por la cohabitación de los vivos con el pueblo de los “muertos dobles”, los aparecidos¹, herederos de “las larvas” de la Antigüedad, presencia próxima o recuerdo hostil, del cual deben liberarse a través de los ritos más apropiados. Le Roy Ladurie, en su estudio sobre los villorrios occitanos, ha mostrado que los campesinos nombran un emisario para hablarle a los aparecidos.

Junto a este modelo de “religión” o “prácticas populares”, que sobrevivirá hasta la época moderna, una cristianización real, superpuesta o asociada a un modelo oficial, tuvo un lugar de importancia, proponiendo otra visión de la muerte, articulada en torno a la resurrección de Cristo. Esta cristianización se expresa en la imagen de *la buena muerte*, de la que la literatura hagiográfica

¹ *Mort-double*: equivalente a *aparecidos* en español.

entrega los mejores ejemplos en la muerte de los santos: San Francisco o Santo Domingo, la muerte o Dormición de la Virgen. También, en el momento final, los valientes caballeros se duermen serenamente, transmitida como la imagen del reposo, por ejemplo Roldán, esperando la resurrección. Los yacientes de las iglesias románicas son la expresión figurada. La Iglesia trata de atraer las ritualizaciones y comportamientos frente a la muerte, que controla en ese tiempo de manera insuficiente.

El tránsito final, presentado en la escatología, impone la imagen del Apocalipsis y del Juicio Final colectivo junto a la alternativa trágica de dos lugares: el Paraíso y el Infierno, tal como figuran en los tímpanos de las iglesias románicas y las catedrales góticas. Entre el juicio individual y el juicio colectivo aparece, como un tercer lugar, el *refrigerium* o el seno de Abraham, en cuyo manto asoman las pequeñas cabezas de los que esperan el Juicio Final. Este tercer lugar será el Purgatorio, donde van las almas menos pecadoras, sobre lo cual San Agustín ya se había interrogado. Además, esta concepción estuvo presente en los grupos considerados heréticos, por ejemplo, entre los cátaros, sus cementerios lo testimonian; o en las representaciones de sensibilidades nuevas entre las élites, en la muerte humanizada de la poesía cortesana o los poemas épicos, el relato de la muerte de Tristán es una de las demostraciones. Estos dos sistemas, que se han opuesto de manera caricaturesca, van a diversificarse y adquirirán complejidad a fines de la Edad Media.

2. La muerte en el crepúsculo del Medioevo

A partir del siglo XIV se asiste a una regresión de la población o aumento de las muertes masivas. La peste negra arrasa el Occidente cristiano, y toda Europa, en 1315 y sobre todo entre 1340 y 1351. En un contexto de guerras y hambrunas, renuevan su agresividad las pestes venidas del Oriente, repercutiendo en la caída frontal de la población –entre el 40% al 60% según las regiones– y la baja de la esperanza de vida. Hoy se atribuye esta caída con más rigor a la hambrunas y a la recurrencia de las epidemias que a la catástrofe de 1348 en particular.

Un malestar de larga duración se establece en las sociedades occidentales, perdurando por más de un siglo. Uno de los elementos representativos del período será la “hoguera de lo macabro”, que constituye uno de los rasgos fundamentales de la sensibilidad colectiva. Podemos apreciarlo, tanto en los gestos –los *progroms* o los *flagelantes*–, como en las expresiones literarias,

sagradas o profanas, y en la iconografía. El personaje emblemático de la época es el “transido”, figuración realista del occiso sobre las tumbas, o los temas de las danzas macabras representadas en los frescos murales, que se cuentan entre las expresiones más espectaculares.

El seguimiento de estas imágenes muestra mutaciones importantes, tales como la invención y la personificación de **la muerte**, inscrita en la serie de “triumfos” en Italia desde el siglo XIV al XVI –uno de los ejemplos más característico es la representación de la monstruosidad de la muerte en la Basílica de Asís. También se puede leer el discurso igualitario y nivelador de las danzas macabras como último resurgimiento de “los muertos dobles” o aparecidos de la “religión popular”, como es el caso en las regiones meridionales del encuentro entre tres vivientes y tres muertos, en que los últimos advertirán: “tú serás, como yo soy”.

Paralelamente, en este período se elabora un nuevo discurso cristiano sobre la muerte, apareciendo una reforzada sensibilidad hacia la aflicción por el fallecimiento, que se inscribe en el Cristo del Dolor. Se designan una serie de intercesores celestiales; en primer lugar, la devoción a María, la Virgen de la Misericordia, nuestra abogada, que cubre a los pecadores bajo su manto. La multiplicación de las cofradías y las devociones a los santos ilustran sobre las redes de recursos y apoyos de los que tienden a rodearse las sociedades frente al peligro de la muerte. Al mismo tiempo, el Purgatorio, donde se efectúa la redención de los pecadores en determinados plazos, será una noción ampliamente difundida desde 1150, como lo ha demostrado Jacques Le Goff. La concesión de las indulgencias no es más que una expresión extrema de estos comportamientos.

La exasperación sobre la salvación individual llega a ser una de las mayores expresiones de la mentalidad de ese tiempo. La toma de conciencia de la muerte personal o el descubrimiento trágico de “la muerte de sí mismo”, expresión utilizada por Ariès, se trasunta en la proliferación de los ritos y prácticas en torno a la muerte: el desarrollo de los testamentos, la desmesura en las exequias fúnebres de los poderosos, la largueza de los legados píos, la grandeza de las tumbas, y para los más pobres, un lugar en el cementerio o en los osarios –Campo Santo en Italia, Osario de los Inocentes, en Francia.

3. *El Renacimiento: ¿giro o peripecia en la Historia de la Muerte?*

¿El Renacimiento representa algo más que una peripecia en la evolución que comenzó al final del Medioevo? En el plano de la historia demográfica, el siglo XVI aparece como el del triunfo momentáneo de la vida –desarrollo demográfico general– pero sin la modificación del modelo tradicional de mortalidad, en constante cambio debido a las hambrunas y la peste. Será en el nivel de las sensibilidades colectivas y de las ideologías que intervendrán los cuestionamientos esenciales al modelo cristiano. En el marco del humanismo europeo, se formula claramente un nuevo discurso sobre la muerte, vencida por la genialidad, por la gloria o simplemente por la fuerza y la energía vital, testimoniada en la literatura y el arte de Italia en la época de los príncipes; por este camino, algunos llegarán hasta impugnar radicalmente el discurso religioso sobre la salvación y el Más Allá. La contrapartida popular al sistema de la muerte cristiana permanece todavía viva y apta para nutrir la expresión de la élite bajo la pluma subversiva de Rabelais. Incluso entre los miembros de las élites, numerosos serán a los que el discurso petrarquiano les entregará el modelo dualista, susceptible de integrarse durablemente a la visión cristiana de la muerte y la salvación.

En otro frente, la Reforma protestante, en sus diferentes expresiones, representa una confrontación radical de las prácticas y de las lecturas forjadas en la época precedente. Si el miedo a la muerte, al diablo, a la condenación, ocupan un lugar importante en los discursos de los reformadores más relevantes, estas cláusulas serán sobrepasadas por la certeza en la salvación de los justos, de los elegidos, o la salvación por la fe. La Reforma discute radicalmente la teología del tercer lugar, de este Purgatorio, que había llegado a ser un recurso esencial para la Iglesia Católica, y de su traducción en la venta de indulgencias, como de las oraciones, obras pías en favor de los muertos y de todas las prácticas que les acompañaban.

¿En qué medida los gestos y las expresiones cotidianas reflejan estas contestaciones? ¿La Reforma rompe la unidad de comportamiento del Universo Cristiano Occidental? Un cierto número de rasgos comunes de evolución subsisten: el rechazo a lo macabro, la lucha contra la cultura popular –persiguiendo las supersticiones a través de la condenación de la “brujería”–, la exaltación del hombre y del cuerpo en la poesía y el arte; la trascendencia por los méritos y la gloria, reflejan en conjunto la tonalidad propia del tiempo del humanismo. Sin embargo, permanece la difusión de las prácticas testamentarias, la ostentación en el arte funerario y el desarrollo de las pompas fúnebres entre los notables, en particular en las obsequias de reyes y príncipes. No

obstante, debe considerarse que donde triunfa la Reforma, se modifican los ritos del último momento para el común de los mortales, desacralizándolos, incluso el aspecto del cementerio y, más profundamente sin duda, la relación entre los vivos y sus muertos.

4. El gran ceremonial de la muerte en la época barroca: 1580-1630

Se podría decir que un “escalofrío” colectivo ante la muerte aparece entre 1580 y 1630, caracterizando la sensibilidad europea. El modelo que nace se impone tenazmente por un siglo y medio o más, según las regiones de Europa. Este “escalofrío” está representado en la pintura de Caravaggio, por ejemplo, en las tragedias de Shakespeare y sus contemporáneos, en las literaturas francesa y alemana.

Se siente la tentación de subrayar, sin caer en el mecanicismo, la crisis demográfica de este tiempo, que Pierre Goubert denominó “el trágico siglo XVII”, caracterizado por una disminución del crecimiento de la población, crisis demográfica o regresión de la misma, en un siglo visitado por pestes continuamente hasta 1660.

En la Pastoral Católica de la Contrarreforma, pero también en la actitud de los reformados, la muerte tendrá un lugar importante, contribuyendo al tono dolorido de la época. La vida en el pensamiento de la muerte será uno de los temas del discurso de los miserables y los poderosos: “Yo muero todos los días”, había dicho San Pablo, será la fórmula de la muerte cotidiana. El discurso se trasunta en la literatura, en la prédica –oración fúnebre o sermón sobre la muerte–, en el arte. Es la época de la correspondencia; por ejemplo, Mme. de Sevigné, quien nos describe con una complacencia formidable las muertes de los príncipes y de los poderosos; en el arte, el tema recurrente será el de las vanidades del mundo.

En la práctica del mundo católico se estructura definitivamente la red de gestos que encontramos enumerados en los testamentos: sepulturas que tienden a concentrarse en las iglesias conventuales y parroquiales, cortejos fúnebres barrocos, ostentación en las pompas fúnebres y en el duelo, la construcción de tumbas, la multiplicación de peticiones de servicios por el reposo del alma. La muerte misma aparece espectacular entre los poderosos y llegará a ser un gran ceremonial público con un objetivo educativo. Más aún, a través de la organización de esta compleja ceremonia póstuma, se inscribe el deseo de permanencia de los poderosos y de aquellos que lo son en menor medida.

Se podría decir que nunca la “cristianización” de la muerte ha sido tan totalizadora y envolvente. El modelo reformado no es el católico barroco, aunque las convergencias son mayores que las divergencias. El pequeño grupo que rechaza este discurso –racionalistas y libertinos– representa, en la concepción de la muerte, la continuidad con las expresiones del humanismo.

5. *La muerte en el Siglo de las Luces*

En la segunda mitad del siglo XVIII asistimos a la desestructuración del sistema barroco. Es necesario relacionar esta evolución con los cambios en las condiciones demográficas operados en el mundo occidental. Se registra un crecimiento irreversible de la población, sin que los medios para luchar contra la muerte hayan conocido una verdadera revolución; pero se constata un retroceso de las crisis de mortalidad al “antiguo estilo”.

¿Había cambiado la muerte para las gentes de ese siglo? Presenciamos, a lo menos, la puesta en duda del discurso hegemónico de las iglesias. La afirmación puede parecer paradójal, no obstante que el catecismo permanece sin cambios hasta fines del siglo y aún más tarde. Sin embargo, hasta 1750 aproximadamente, en Francia y luego en Europa meridional, el sistema de las pompas fúnebres barrocas se estabiliza y en ciertos momentos retrocede. En las iglesias reformadas –más móviles– se registra un giro entre los siglos XVII y XVIII; se pone en duda el Infierno por parte de autores religiosos o profanos, que rechazan la imagen del Dios vengador. El ataque al modelo de la Contrarreforma queda abierto en adelante: la Filosofía de las Luces, en el movimiento secular, impugna ásperamente un sistema que le parece revelador de la impostura clerical y de la mitificación. Se dedican a exorcizar la muerte y el Más Allá cristiano –“basta con no pensar en la muerte”, escribe Voltaire– aunque permanecen deístas desde Montesquieu a Voltaire y Rousseau, o se afirman en el materialismo, como el grupo de Diderot, D’Holbach, Helvetius o la Metterie.

Sería simplificar el problema histórico, traduciendo la modificación en las actitudes colectivas frente a la muerte, en la segunda mitad del siglo XVIII, solo en términos de propagación de la ideología de la Ilustración. El reflujo de las prácticas de la devoción barroca y el repliegue de las cláusulas piadosas en los testamentos son indicadores, sin duda, de una descristianización que sobrepasa el universo restringido de las élites. Pero más secreta y profundamente, se traduce en “la muerte como exilio”, según Ariès, o en el exilio de los

muertos, sacándolos de las iglesias que habían colonizado para enterrarlos en cementerios lejanos a las ciudades. Sin embargo, en una dialéctica que no se reduce a explicaciones simples, constatamos que en el crepúsculo de la Ilustración, se ven resurgir los muertos que se quiso exorcizar, testimoniándose en la poesía crepuscular o de las tumbas, la novela negra, el teatro sadiano de la crueldad.

6. Certezas e inquietudes: la muerte burguesa en el siglo XIX

El siglo XIX es el de las primeras victorias grandes y decisivas contra la muerte. La revolución de Pasteur y el progreso de la ciencia hacen que por primera vez los hombres controlen su destino. Pero esta revolución es relativamente tardía; en la primera mitad del siglo se asiste a un retroceso limitado de la tasa de mortalidad. Sumando los progresos puntuales, es también el siglo de la muerte cruel en las aglomeraciones producto de la industrialización y la urbanización del primer capitalismo; es la época de la tuberculosis.

Fue una victoria que se hizo esperar, pero sistemas, actitudes y sensibilidades frente a la muerte se anticiparon. El discurso deja de ser unánime, aunque el de las iglesias se mantiene en lo esencial y se puede afirmar que aún responde las interrogantes de la mayoría de los hombres en el campo e incluso en las regiones urbanas; no obstante, las ciudades fueron los primeros lugares de su abandono masivo. Los discursos de la ciencia y de las filosofías positivistas cuestionan la revelación y proponen certezas nuevas, escamoteando la hegemonía a los presupuestos religiosos.

A flor de piel, en el nivel de las sensibilidades colectivas, la época romántica expresa entre las ideas-fuerza, una crispación colectiva sobre la muerte, buscando un lenguaje en los nuevos místicos de ese tiempo. En el fondo se formula un cambio, comenzado en 1750, en el que Ariès ha visto el paso de “mi muerte”, la salvación personal, a “tu muerte”, la muerte del otro, del inolvidable objeto amado, de la esposa, del hijo. Los rasgos de esta sensibilidad romántica, que abusivamente se ha llamado “el culto de los muertos en el siglo XIX”, pueden ser sintetizados en algunos temas: la concentración del duelo en la privacidad de la familia, burguesa o no, dentro del marco de una afectividad reforzada; los nuevos cementerios, ciudades de muertos donde se concentra el culto de su recuerdo en el pensamiento de los vivos, que aparecen primeramente en las grandes ciudades europeas, como es el caso del cementerio de Pêre Lachaise. El tema de “nos volveremos a ver” –ese encuentro en el Más

Allá— se sustenta en los místicos o en ideologías de contrabando, como por ejemplo el espiritismo.

El recuerdo en la memoria colectiva se exalta, asociándose a ideologías nuevas sobre la patria y el Estado. Las estatuas en las plazas públicas, las placas conmemorativas en las calles, los monumentos de conmemoración, relacionando a las generaciones, proliferarán desde el comienzo del siglo en Alemania y, sobre todo desde los años setenta, en EE.UU. y Francia. El apogeo se producirá en los monumentos a los caídos en la guerra de 1914, traducción masiva de los nuevos cultos cívicos, entre los que se distinguen los funerales de los príncipes y los grandes hombres: Victor Hugo, Lincoln, Verdi y muchos otros, que son los ejemplos de la nueva sensibilidad.

En la medida en que el siglo avanza, la afirmación de las certezas burguesas se matiza, contrapesándose con la vuelta agresiva de lo que Freud llamó “la pulsión de la muerte”. Después del romanticismo, el simbolismo negro de lo que se ha denominado por antítesis “la Bella Época”, inundada de fantasmas mórbidos, reflejo visible de un malestar en la sociedad.

7. *El siglo XX o la muerte cuestionada*

En la Historia de la Muerte, el siglo XX se presenta en una gran ambigüedad; es el del triunfo de la vida, considerando los tests demográficos —tasas de mortalidad iguales o inferiores a 10 por mil habitantes, esperanza de vida superior a 70 años— y, al mismo tiempo, varias hecatombes periódicas de guerras mundiales hacen resurgir la angustia colectiva. La descristianización y, más ampliamente, la desacralización del último hálito, limitadas en la primera parte del siglo, se acentúan a partir de los años sesenta, tanto por razones técnicas —muerte hospitalaria, comercialización de las pompas fúnebres—, como ideológicas. Pero los otros sistemas de explicación de la muerte ven la serena certeza de la época positivista alterada o puesta en duda por el retorno de la irracionalidad contemporánea.

En el nivel de las estrategias “en terreno”, Occidente ha adoptado, a partir de los Estados Unidos y el mundo anglosajón, el modelo del “tabú” sobre la muerte. La muerte escamoteada por una sociedad que se rehúsa a verla enfrente.

Desde los años sesenta, un movimiento de redescubrimiento de la muerte se diseña a nivel del discurso de aquellos que ahora están investidos por la obligación de hablar de ella: sicólogos, médicos, historiadores. Del mismo

modo, una difusa sensibilidad colectiva cuestiona los elementos mayores del modelo actualmente dominante, a partir de un cierto número de temas: eutanasia, encarnizamiento terapéutico, poder médico. Es pronto para decir si esta tendencia expresa una simple peripecia o un cambio decisivo.

Quisiera plantearles un problema que necesita pensarse: la muerte es una invariable de la cual no nos podemos deshacer. Sin embargo, históricamente ha cambiado sin cesar y es una extraordinaria reveladora de las concepciones, ideologías, mentalidades y comportamientos humanos. Pierre Chaunu, en una aseveración de materialismo “vulgar”, a mi juicio, ha dicho que “las representaciones sobre la muerte son las derivadas de las esperanzas de vida”. Podemos constatar que la esperanza de vida mejora, pero la muerte trabaja de otras maneras. Entonces, ¿las representaciones y las actitudes frente a la muerte no serán más bien las derivadas de la esperanza de felicidad en una sociedad humana o humanista?

Sin embargo, no quisiera dejarlos reflexionando solamente sobre esta constatación algo ingenua. Además, es imprescindible preguntarse sobre los elementos que hacen a las sociedades cambiar sus percepciones de la muerte. La demografía es un factor de un peso constante, pero no decisivo. La ideología, el discurso sobre la muerte, transparenta ciertos modelos, expresión de un conjunto de elementos complejos y diferenciables, cambiantes en el tiempo histórico. Estos modelos, preponderantes en una época, se desestructuran, testimoniando crisis mayores al interior de las sociedades. Así, por ejemplo, la profusión de lo macabro pierde importancia durante la crisis de la sociedad caballeresca, los ceremoniales barrocos acusan una disminución en la transición al Estado moderno, un malestar de sociedad anuncia el crepúsculo del discurso del Iluminismo del siglo XVIII, abocado a exorcizar la muerte mediante la fuerza del verbo, dando paso a la “Bella Época” de los decadentes y el simbolismo negro.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ariès, Philippe, *L'homme devant la mort*. Paris: Seuil, 1978.
 Chaunu, Pierre, *La mort à Paris*. Paris: Fayard, 1978.
 Choron, Jacques, *La mort et la pensée occidentale*. Paris: Payot, 1965.
 Faire, Robert, *La mort au siècle de Lumières*. Lyon: Presses Universitaires de Lyon, 1978.
 Fulton, Robert, *Death, Grief, Bereavement, a bibliography 1845-1970*. New York: Erm Press, 1977.

- Lebrun, François, *Les hommes et la mort en Anjou*. Paris: Mouton, 1971.
- Morin, Edgar, *L'homme et la mort dans l'histoire*. Paris: Correa, 1951.
- Tenenti, Alberto, *Il senso della morte e l'amore della vita nel rinascimento*. Turin: Einaudi, 1957.
- , *La vie et la mort à travers l'art du XVe siècle*. Paris: Armand Colin, 1952.
- Thomas, Louis Vincent, *Antropologie de la mort*. Paris, 1975.
- Vovelle, Gaby y Michel, *La vision de la mort et de l'au delà, en Provence, d'après des autels des âmes du purgatoire*. 1970.
- Vovelle, Michel, *Les metamorphoses de la fête en Provence 1750-1830*. Paris: Flammarion, 1976.
- ———, *La Dechristianisation de l'an II*. Paris: Hachette, 1976.
- , *Les âmes du Purgatoire ou le travail du deuil*. Paris: Gallimard, 1996.
- ————, *Idéologies et mentalités*. Paris: François Maspero, 1982 (Trad. Esp. *Ideologías y Mentalidades*, Ariel, Barcelona, 1985).
- ————, *La mort et l'Occident de 1300 à nos jours*. Paris: Gallimard, 1983.
- ————, *Piété baroque et Déchristianisation en Provence au XVIIIe siècle*. Paris: CTHS, 1997 (1^a ed.: Paris, Plon, 1973).